

**Evangelización 2010
y la Comunidad Misionera
de la Preciosa Sangre de Cristo**

**Erwin Kräutler C.PP.S.
Obispo de Xingu, PA (Brasil)**

La humanidad pregunta a la comunidad misionera que “ha recibido la misión de anunciar al Reino de Cristo y de Dios” (LG 6): “¿Qué significa el anuncio de este Reino para los grandes problemas que amenazan la humanidad? ¿Cuál es la contribución de la comunidad misionera para la solución de esos problemas? Y nosotros, miembros de la comunidad de la Sangre de Cristo, nos preguntamos: “¿Cuáles son estos problemas y cuál es la solución que podemos ofrecer al mundo, a la humanidad y, sobretodo, a los pobres? ¿Tienen solución dichos problemas? ¿Cómo transformar nuestra propuesta en un lenguaje secular, para que el siglo XXI la entienda como suya, mordente, enraizada en sus contextos y, al mismo tiempo, abierta al Trascendente, de donde “se ha manifestado la bondad de nuestro Salvador y Su amor a los hombres” (Ti 3,4)?

Hacia finales del segundo siglo, un pagano ilustre conocido con el nombre de Diogneto preguntó a la comunidad cristiana: ¿quién es ese Dios y cuál es su Buena Noticia, en la cual los cristianos depositan su confianza? ¿Cuál es la propuesta de vosotros, cristianos, discípulos-misioneros, para un mundo que no tiene más propuestas que valen para todos? ¿Cuál es su proyecto? ¿Cuál es su secreto? Y el autor desconocido de esa Carta catequética a Diogneto respondió:

"Los cristianos no habitan ciudades a parte, no se sirven de idioma diverso de los otros (...). Viven en la propia patria, mas como peregrinos. Como ciudadanos de todo participan, pero todo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es patria para ellos, y toda patria, tierra extraña. (...) los cristianos residen en el mundo, mas no son del mundo. (...) Son ellos que seguran el cosmos." (La Carta la Diogneto, n. 1-7).

¿Qué quiere decir “asegurar el cosmos”? Ciertamente significa “celar” por la vida en el mundo. Todos aquellos que tengan su vida en amenaza, deberían cargar en las espaldas el “luchar” por la justicia de la resurrección y “confiar” en aquel Dios que se encarnó en este mundo, para que tenga “vida en abundancia” (Jn 10,10).

¿Cuál es la misión universal de la Iglesia? ¿Cuál es la contribución de nosotros, miembros de la comunidad de la Sangre de Cristo?

¿Cuando hoy en la Iglesia hablamos de “misión”, distinguimos – en vista de los destinatarios y de los agentes – dimensiones diferentes? Misión puede significar:

1. “Testimonio en el mundo”
2. “Pastoral misionera”
3. “Nueva evangelización”
4. “Evangelización”

5. "Ecumenismo"
6. "Diálogo interreligioso"
7. "Misión ad gentes"
8. "Misión inter. gentes" y
9. "Misión allá-fronteras"

Todas estas actividades misioneras, en su conjunto, configuran "la misión de la Iglesia en el mundo". Son piedritas que constituyen el mosaico de la misión universal de la Iglesia. Nuestra misión se dirige a todas las culturas, naciones y clases sociales.

Podríamos preguntar: ¿ese tema no es por demás amplio? ¿Esa amplitud no nos hace olvidar nuestros problemas específicos? ¿Dónde está nuestra identidad católica, donde la opción por los pobres, la defensa de los pueblos indígenas, donde la Iglesia local con sus Comunidades Eclesiales de Base, donde los ministerios, los laicos y el diálogo ecuménico y interreligioso?

En este momento me parece que debo mostrar que los rompecabezas eclesiales tienen su relevancia o, como el Papa ha dicho en su Encíclica "Sobre la esperanza cristiana" (Spe salvi), su "más-valía del cielo" (SpS 35), para toda la humanidad. Esa "más-valía" envuelve la gracia de Dios, como don, y nuestra acción como deber y respuesta. Las "Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil", de 2008, advierten que la sensibilidad del discípulo misionero para las cuestiones específicas de la realidad particular de nuestras Iglesias.

"No lo exime de volver su atención para las grandes cuestiones que dicen respecto a toda la humanidad. En un mundo globalizado, en el cual las acciones y sus consecuencias ultrapasen fronteras, es imposible cerrar los ojos ante aspectos que implican (...) en especial los marcados por la pobreza, por la exclusión, por la violencia y por la persecución." (DGAE 207).

El amor a Dios y al prójimo es inseparable. A lo que me parece, mi tarea es de tejer aquel hilo que da cuenta de un mundo humano y de una responsabilidad misionera en expansión, como el propio cosmos.¹

I. Nuestra responsabilidad

El argumento de la "naturaleza misionera" surge internamente en la Iglesia, que afirma la necesidad y continuidad permanente del paradigma misionero. Después de Aparecida, la Iglesia convoca nuevamente a los bautizados para que asuman su discipulado en régimen de urgencia (DAp 289, 368, 518). Esa movilización misionera no debe ser considerada como algo extraordinario, tampoco como prerrogativa de una u otra Iglesia local o de sectores pastorales o movimientos específicos. El Vaticano II declara que la naturaleza misionera hace parte de la normalidad y de la razón de ser eclesial: "La Iglesia peregrina es, por su naturaleza, misionera. Pues ella se origina de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el diseño de Dios-Padre" (AG 2).

¹ En el día 16 de junio 2008 fue divulgada la noticia de la descubierta por el telescopio "La Silla", instalado en Chile, de tres "super planetas" que miden 4,2, 6,7 y 9,4 veces el tamaño de la Tierra.

Desde el Concilio, el magisterio Latino-americano ha retomado esa afirmación fundamental en varias ocasiones (cf. SD 12, DAp 347). Aparecida, en la “Tercera Parte” de su texto conclusivo, dedicado a la acción pastoral, diseña una Iglesia que vive “en estado de misión” (DAp 213). También las “Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil 2008-2010” colocaron en su parte central el sueño del discipulado misionero “en una Iglesia en estado permanente de misión” (DGAE 47-101)..

¿De qué se trata en esa “naturaleza misionera”? La comprensión del término “naturaleza” tiene una larga historia, de la cual captamos lo esencial, para responder a la pregunta. Desde la fe, los cristianos comprenden el mundo como creación divina que atraviesa un orden natural marcado por racionalidad y sentido. Mas la fe nos advierte también que mundo, naturaleza y humanidad están envueltos en una “ruptura” o “escisión” de la racionalidad original; son marcados por el pecado que no permite más, sin los esclarecimientos de la Revelación, considerar lo natural (“la naturaleza”) simplemente como bueno, racional y ético.

Las múltiples afirmaciones de la “naturaleza misionera” de la Iglesia en documentos recientes no permiten la conclusión de que esa naturaleza ha sido olvidada. Ha sido, en varias épocas y regiones del mundo, oscurecida por la proximidad de la Iglesia al poder. El poder, sea expresión de regímenes coloniales, imperiales, dictatoriales o aun democráticos, ha procurado siempre transformar la misión en ideología y neutralizar la presencia de la Iglesia junto a los pobres, cuya existencia denuncia la violación de sus derechos y culturas por los respectivos regímenes.

De acuerdo a la fe cristiana, origen y naturaleza misionera nos han sido reveladas por Jesucristo. La misión tiene su origen en la misión del Dios trinitario (“misión de Dios”) y su finalidad en la salvación de la humanidad: “Para que tengan la vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Y esa misión se prolonga por el envío de los discípulos por Jesús resucitado en el Espíritu Santo: “Como tú (Padre) me enviaste al mundo, también yo los envíe al mundo” (Jn 17,18).

La identidad entre Jesús histórico y Jesús resucitado es marcada por sus llagas en las manos y en su lado abierto por la lanza. El Resucitado les “mostró las manos y el lado, y los discípulos exultaron por haber visto al Señor” (Jn 20,20). Jesús de Nazaret, el “Enviado del Padre” (Jn 20,21), “asumió toda la naturaleza humana” (AG 3). La naturaleza misionera de la Iglesia encuentra su identidad en ese origen del envío de Dios y de la ascensión de la naturaleza humana. La identidad de Jesús pre y pos-pascual apunta para la identidad de la misión de los discípulos y para la naturaleza misionera de la Iglesia que, según San Pablo, tiene como núcleo kerigmático el escándalo y la locura de “Cristo crucificado” (1Cor 1,23). Pobres señales marcan el caminar de la comunidad misionera: el vacío, la abertura, la partición, la ruptura, el camino, la cruz, la sangre y la hostia sagrada. El presepio y el sepulcro están vacíos, la puerta del cenáculo está abierta, la genealogía de Jesús, interrumpida por el Espíritu Santo. La Iglesia es sierva, peregrina, huésped, instrumento, señal.

II. Nuestro encuentro

La Iglesia peregrina y misionera fue fundada en la fiesta de Pentecostés, fiesta del don de la Ley en el Sinai para los judíos, y, para los cristianos, fiesta del don del Mandamiento Nuevo, por tanto, de una ética y práctica nuevas. En esta fiesta los discípulos y las discípulas han sido enviados y enviadas en misión en la unidad del Espíritu Santo.

A partir de Pentecostés, la comunidad eclesial aprendió que su tarea es formar, convocar y enviar a siervos del Reino y testigos de la resurrección. Mas los discípulos estaban aún muy presos a Jerusalén, al Templo, a la tradición heredada de los judíos, a sus familiares.

Entonces sucedió algo inesperado: la destrucción de Jerusalén por los Romanos, en el año 70. Pentecostés, destrucción y expulsión de Jerusalén marcan el inicio de la misión universal de la Iglesia, que desde aquel tiempo no tiene más patria, ni cultura propias.

En el Espíritu Santo, la comunidad misionera es enviada para articular universalmente los pueblos y las culturas en una gran "red" (cf. Jn 21,11) de solidaridad, diversidad y unidad. Del envío nacen comunidades Petrinas que procuran contextualizar la utopía del primer día de la Nueva Creación. De las comunidades nace el envío. La misión es el corazón de la Iglesia. Y ese corazón tiene dos movimientos, envío y convocatoria; envío a la periferia del mundo, y convocatoria a partir de dicha periferia, para la liberación del centro. Bajo la seña del Reino, propone un mundo sin periferia y sin centro.

¿Pero quién es ese destinatario de la comunidad misionera? ¿Quién es ese "mundo", quién esa "humanidad", hoy, en el año 2010?

Nuestro optimismo misionero no huye de la realidad, del sufrimiento y de los pobres, víctimas de las cinco grandes crisis de nuestro planeta Tierra, que son:

1. la crisis del modelo económico,
2. la crisis social,
3. la crisis ecológica,
4. la crisis cultural y
5. la crisis democrática.

Los problemas centrales de la humanidad que emergen de dichas crisis múltiples y conectadas, en este inicio del siglo XXI, son las siguientes:

- a) La polarización económica de la sociedad mundial, en una competencia feroz, donde no gana aquel que es más humano, sino aquel que produce más barato. Crecimiento y expansión se tornarán en dos palabras mágicas, apoyadas por tecnologías cada vez más sofisticadas a servicio de la sustitución de trabajadores.
- b) Quien produce más barato es aquel que se sujeta a condiciones de un trabajo penoso, que la máquina y los computadores todavía no consiguen resolver. Al trabajo penoso y de corta duración acompaña un salario indigno, sin garantía de derechos sociales, de educación de los hijos o jubilación. Los destinatarios privilegiados del kerigma misionero son los pobres, los mal empleados y los

desempleados, los emigrantes, los que mueren antes del tiempo porque no tienen un servicio sanitario que los ampare.

- c) La exploración irracional atañe no solo a nuestro hermano operario, indígena o emigrante, sino también a nuestra hermana naturaleza. La responsabilidad de esa dilapidación de la naturaleza, de la devastación de nuestras florestas y de la biodiversidad “coloca en peligro la vida de millones de personas”, en especial la de los “campesinos e indígenas, que son expulsados hacia las tierras improductivas y para las grandes ciudades, para vivir amontonados en los cinturones de miseria” (DAp 473).
- d) La crisis cultural se manifiesta, por un lado, como crisis de sentido y, por otro, como fundamentalismo con sus ramificaciones en las grandes religiones y en las ideologías filosóficas y políticas. La disolución del sentido de la historia humana en una mera historia natural, y la afirmación del sentido único como negación del reconocimiento del otro y del pensamiento diferente, que recibe apenas un estatuto de hecho, mas no de palabra, o viceversa, representan un potencial permanente de guerra y violencia.
- e) Después de que se hicieran guerras para la implantación de la democracia, hoy esa democracia liberal se encuentra en una profunda crisis estructural por la confusión de los poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) y por la ética. La democracia liberal no permite la participación satisfactoria del pueblo, sobretodo de los pobres y de los excluidos. Los que tienen el poder económico consiguieron reducir el Estado a un Estado mínimo, que no interfiere en sus intereses y que favorece a las élites, no consigue controlar la acumulación del capital en las manos de pocos, ni la corrupción, ni los medios de comunicación que divulgan la ideología del “costo-beneficio” como si fuera el primer mandamiento de un código éticamente correcto.
- f) La justicia de nuestros países se convirtió en una justicia formal, morosa y carísima que actúa muchas veces lejos de los lugares donde acontecen las injusticias, y no permite a los pobres, que desconocen los trámites legales y no consiguen pagar abogados competentes, alcanzar su derecho básico.

III. Nuestro compromiso

Las víctimas de las lógicas de expropiación y exclusión no nos solicitan soluciones técnicas, sino participación en la gestación de la propia acción misionera de la Iglesia, que podría tornarse un ensayo para transformaciones más amplias; nos piden señales de justicia y razones de esperanza. Nuestra tarea de discípulos-misioneros es la del profeta peregrino, que denuncia y anuncia, que vive otros valores (partición, solidaridad, gratitud) y busca apuntar para el otro mundo posible, que para nosotros tiene su matriz en el Reino de Dios. Nuestros sueños, nuestra visión del mundo y nuestra esperanza tienen un impacto sobre el mundo universal, porque a través de eso – sueño, visión, esperanza – somos

capaces, como leemos en la Carta a Diogneto, de “aferrar el cosmos”. Para fortalecer a nuestros hombros para tal tarea, precisamos cuidar de nuestra identidad. Son cuatro pilares que nos pueden ayudar a aferrar el cosmos de nuestra naturaleza misionera. Vivamos esa naturaleza universalmente contextualizados, en la unidad plural del Espíritu Santo, en la gratuidad y en la esperanza de los y con los pobres.

3.1. Universalmente contextualizados

¿Cómo traducir los artículos de fe, las señales de justicia, las imágenes de esperanza y las prácticas de solidaridad para los interlocutores del mundo moderno? El contexto de la misión tiene su fundamento teológico en la proximidad de Dios a lo largo de toda la historia de salvación y en el seguimiento de Jesús, que en virtud de la encarnación se aproximó de la humanidad (cf. GS 22). El Dios de la historia de la salvación judío-cristiana es un Dios próximo a su pueblo. En el decir de San Irineo, Dios está próximo a cada persona humana a través de sus dos manos extendidas, que son el Hijo y el Espíritu Santo.² La mediación histórica y contextual del proyecto de Dios hace de la historia y del contexto un sacramento de su presencia. La misión insertada en el corazón de la historia y cultura de cada pueblo “es un imperativo del seguimiento de Jesús y es necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo” (SD 13b). La analogía entre la encarnación de Jesús de Nazaret y la proximidad contextual hizo a la reflexión misionológica debatir el paradigma de la enculturación. Con la enculturación, la Iglesia se torna “un señal más transparente” y “un instrumento más apto” (RM 52) para anunciar el Evangelio, no como una alternativa a las culturas, mas como su realización profunda.

La meta de la enculturación es la liberación, y ésta, a su vez, necesita de la enculturación. El paradigma de la liberación visa a la no-exclusión, por tanto a la participación de todos, a la universalidad de la justicia, de la solidaridad y del amor. Los esfuerzos por la liberación ganan profundidad con su arraigamiento contextual. La universalidad del horizonte de las causas del Reino puede ser entendida como alternativa a los grandes discursos y proyectos que emergen de la globalización económica (competición, lucro-beneficio, consumismo), como articulación de múltiples proyectos de vida, que une la responsabilidad universal, por el conjunto de la humanidad y del planeta Tierra. El anuncio y la práctica universal del amor mayor y el anuncio del Reino como "liberación del cautiverio de la corrupción" (Rm 8,21; LG 9), por ser antisistémico, es para todos.

3.2. Unidad en la diversidad

El Vaticano II permitió, a través de nuevos tópicos como “Iglesia local”, “contextualización”, “inserción” (enculturación), “diálogo”, repensar muchos presupuestos de la universalidad de la Iglesia. La unidad de la misión es una unidad en la diversidad del Espíritu Santo. Las múltiples respuestas de las culturas no son un accidente de trayecto, pero deben ser positivamente interpretadas como participación en la

² Cf. IRINEU DA LIÃO. *Contra as heresias*. São Paulo: Paulus, 1997, V, 6,1.

creación del mundo. Y, en ese mundo, pueblos e individuos defienden su identidad siempre en contraste con la alteridad.

El pluralismo cultural tiene sus desdoblamientos en el pluralismo religioso. El reconocimiento explícito de la libertad religiosa por el Vaticano II, a través de la Declaración *Dignitatis humanae*, es uno de los presupuestos de la misión. En la mayoría de las Iglesias y entre una mayoría de los fieles, hay un consenso de que la alteridad religiosa es irreducible. Y esa alteridad llama al diálogo interreligioso. El diálogo, como instrumento de comprensión, respecto y convivencia pacífica, en el interior de un pluralismo cualquiera, tiene “siempre un carácter de testimonio, dentro del máximo respecto por la persona y por la identidad del interlocutor” (Puebla 1114).

Construir la unidad significa derribar “muros de la separación” (cf. Ef 2,14). “Anunciar la Buena Nueva a los pobres” significa derrumbar uno de los muchos muros de separación que la sociedad permitió construir no solo entre países, sino también en el interior de cada Estado y persona. Al contar la parábola del buen samaritano (Lc 10,25ss), respondiendo a la pregunta sobre lo que se debe hacer para obtener la vida eterna, Jesús propone demoler no solo el muro étnico entre samaritanos y judíos, entre mestizos y judíos puros, el muro clerical entre sacerdotes y laicos, sino también el muro entre secta marginalizada y religión oficial, entre justos y pecadores, entre discurso y praxis, entre verdad y amor.

Derribar muros, marcados por la “corrupción del pecado”, significa recuperar la imagen de Dios en los rostros humanos y la comunicación libre entre iguales y diferentes. En ese proceso que relega la orden de la redención a la orden de la creación, Jesús histórico y pos-pascual se coloca al lado de la samaritana, del emigrante, del leproso, del pobre, de la otra y del pecador. Él construye unidad a partir de la ascensión y de la articulación de la humanidad mutilada en sus contextos y en los confines de sus mundos. Delante de las “apariencias sufridoras de Cristo” en las apariencias de la humanidad en “situación de extrema pobreza” (Puebla 31ss), donde el despojamiento de la encarnación y redención asume su relevancia histórica y salvadora, caen todos los muros. Es bueno recordar: Jesús no ha sido albañil. No construyó muros. Él fue carpintero, hizo puertas y ventanas.

3.3. Gratuidad

En el mundo competitivo y excluyente, donde todo vale solamente por su precio de mercado, la misión está vinculada a la derrota del reino de la necesidad (“costo-beneficio”) y a la recuperación de un espacio y proyecto alternativos de no-mercado y gratuidad. La comunidad misionera confía en la atracción de su testimonio gratuito. Su “marketing” dispensa propaganda y armas. Los espacios de gratuidad inherentes al cristianismo son espacios de resistencia delante de espacios hechos territorios de lucro. El lucro particulariza y privatiza. El mercado no es para todos.

En Aparecida, la Iglesia se autodenominó “casa de los pobres” (DAp 8, 524). Su espacio es alternativo, está configurado por la gratuidad de la cruz de Jesús de Nazaret y de la experiencia pascual de sus discípulos. Esa gratuidad de la cruz no es el prefacio de la historia de liberación y emancipación, mas su eje permanente: “el amor de donación

plena, como solución para el conflicto, debe ser el eje cultural `radical` de una nueva sociedad” (DAp 543). “En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” (DAp 31).

La Iglesia “casa de los pobres” es una Iglesia pobre. De los pobres recibe el don de la gratuidad y la proximidad del Espíritu Santo, que es “padre de los pobres” (Secuencia de Pentecostés) y “protagonista de la misión” (RM 21b).

En los trámites de la justicia, la Iglesia no es jueza entre las partes, mas “abogada de la justicia de los pobres” (DAp 395, 533). Ella es parcial. Defiende una parte del proceso. Esa es la su misión pneumatológica, ser “consoladora”, “intercesora” y “abogada”: introducir y representar el “Espíritu de la Verdad” (Jo 14,17) que ven del Padre y da testimonio delante del “padre de la mentira”, que perturba la orden social. El Espíritu Santo es Espíritu de la Verdad, no por causa de una doctrina cierta, una ley perfecta o una moral superior, sino porque en Él acontece la verdad en la generación de la vida: en la práctica del nuevo mandamiento y de la justicia mayor en favor de los pobres.

Desde el Vaticano II, la Iglesia Católica tejió un hilo conductor para su acción misionera, que esclarece la dimensión más profunda de su “naturaleza misionera”: la opción preferencial por los pobres. Esa opción es preferencial, porque debe “atravesar a todas nuestras estructuras y prioridades pastorales” (DAp 396). La “naturaleza misionera” tiene su origen en la “Misión de Dios”, que es misión del Verbo encarnado, “que se vació a sí mismo y asumió la condición de siervo” (Fl 2,7), y del Espíritu Santo, enviados a los pobres: “Todo aquel que tenga relación con Cristo tiene relación con los pobres, y todo lo que está relacionado con los pobres clama por Jesucristo” (DAp 393). En el Espíritu Santo, el hijo del carpintero fue confirmado “Hijo bienamado”, por ocasión de su bautismo en el Jordán. Por Él fue conducido “al desierto, para prepararse para su misión” (cf. Mc 1,12s; DAp 149). En Él fue ungido Mesías “para evangelizar a los pobres” (Lc 4,18). Después de su resurrección, Jesús envió a sus discípulos para predicar, en la fuerza del Espíritu, la Buena Noticia del Reino (cf. DAp 276). Todo envió en misión acontece en el Espíritu Santo.

Hace 42 años que el Papa Pablo VI, que procuró transformar los documentos del Vaticano II en realidad pastoral, declaró en la apertura de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín:

"La Iglesia se encuentra hoy delante de la vocación de la Pobreza de Cristo. (...) La indigencia de la Iglesia, con la decorosa simplicidad de sus formas, es un testimonio de fidelidad evangélica; es condición, algunas veces imprescindible, para dar crédito a la propia misión; (...) representa un ejercicio, que aumenta la fuerza de la misión del apóstol."

La estructura de esa Iglesia de los pobres es Trinitaria. Esa, que es “Pueblo de Dios”, “Cuerpo del Señor” y “Templo del Espíritu Santo” (LG 17), nace y renace en las comunidades por el impulso del Espíritu Santo y “se edifica como Iglesia de Dios, cuando coloca en el centro de sus preocupaciones no a sí misma, mas al Reino que esa anuncia como liberación de todos” (DGAE/1995, n. 64). En la memoria eucarística, la comunidad cristiana hace memoria de la gratuidad de su salvación y actualiza, en la memoria del

lavatorio de los pies, las razones de su servicio, que se pone en una lógica que subvierte las relaciones de dominación (cf. Mc 10,42ss). Agradecer en la conciencia de la liberación recibida como dádiva y servir en el cumplimiento del nuevo orden (“¡entre vosotros sea diferente!”) son dimensiones estructurantes de su misión. El don no dispensa el propio esfuerzo y nuestros esfuerzos no dispensan la gracia: “La vida es presente gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar (...)” (DAP 464).

La gratuidad impulsa necesariamente a la simplicidad institucional. Solo estructuras leves permiten pensar en gratuidad. Estructuras pesadas son muy caras. Una Iglesia en camino es una Iglesia simple y transparente. El caminar en el Espíritu es un caminar desarmado y despojado. Conversión y transformación auténticas tornan las personas más simples. Y la simplicidad representa, también, una respuesta a la complejidad cada vez más especializada del mundo. “¿Cuando os envié sin bolsa, sin mochila y sin calzado, os ha faltado por ventura, alguna cosa?” (Lc 22,35).

3.4. Razones de nuestra esperanza

Los discursos dominantes hoy afirman que no hay alternativa al capitalismo, que las utopías no tienen más sentido y que la historia llegó a su punto final. Son discursos de auto-salvación y desespero dirigidos contra los pobres. Generan pesimismo y depresión. La esperanza nace cuando las víctimas comienzan a hablar, actuar, organizarse por propia cuenta; cuando los discípulos-misioneros se hacen presentes en medio al pueblo, rechazan el propio protagonismo y ceden a las ventajas de su clase social, acompañan los procesos de organización, ayudan a expulsar el sentimiento de la incapacidad y se empeñan en transformar los deseos alienantes, que esperan todo de la providencia de Dios o de las promesas de los políticos, en esperanza histórica.

La esperanza es un mensaje central de la fe bíblica (cf. SpS 2). El mensaje del Reino y de la resurrección de Jesús, que es promesa de la justicia definitiva, es promesa a ser cumplida en la resurrección de los muertos, cuando “todos revivirán en Cristo” (1Cor 15,22). Creemos en el resucitado y anunciamos su Reino en el horizonte de la plenitud escatológica de “un cielo nuevo y una nueva tierra” (Ap 21,1). El Dios-conozco es siempre el Dios que camina frente a nosotros y a nuestro encuentro. Él es el futuro absoluto para la humanidad. La esperanza, que es la fuerza interior de la fe, permite confiar en el Dios siempre mayor y en el futuro prometido por Él. Por la esperanza somos capaces de comprender el incógnito de Dios, no como ausencia o abandono, sino como su condición de ser y como centro del mundo, en los rostros de los emigrantes y refugiados, de los desapegados y de los que viven en la calle de las grandes ciudades, de los agricultores e indígenas sin tierra y de los afro-descendientes que luchan por su reconocimiento en sociedades racistas (cf. DAP 58, 65, 72, 88ss, 402, 427, 439, 454). El grito de esa gente nos recuerda diariamente de la presencia de Dios y de la injusticia humana, que domina el mundo como un cáncer maligno. Dios oye el grito de su pueblo. Él no solo presenció el sufrimiento del pueblo, sino que también participó en él. Él está en el grito de su pueblo. Dios es el grito de los pobres. Dios no sufre más por nosotros, pero tiene compasión de

nosotros. Y nosotros podemos exponernos al sufrimiento de los otros, porque en ellos experimentamos la compasión de Dios.

Reconocer a Dios como sujeto y autor de la historia y de la misión, alivia el peso de la misionariedad, sin eximir de responsabilidad. Él es el Buen Pastor de los discípulos-misioneros. Por tanto, debemos pedir a Dios no eso o aquello, más bien el don que es Él mismo. Pedir a Dios significa pedir oídos abiertos, manos extendidas, una vida que se dona, y una voz profética que no se cala.

Dios, que oye el grito de los pobres, que está en el centro de los conflictos, nos envía en misión. Al envío precede la convocación al éxodo. Él nos llama a salir de la esclavitud. Esa esclavitud se desdobla en múltiples formas de servidumbre y sumisión. En el origen de cada servidumbre está el secuestro de la memoria de los pobres. La experiencia del éxodo y la recuperación de la memoria son fundamentales para el anuncio misionero. La misión que se propone ser y anunciar “Buena Nueva” a los pobres intenta, necesariamente, desintegrar-se del sistema que produce el sufrimiento de los pobres, procura desintegrar el sistema y, positivamente, recuperar la memoria de los oprimidos. Dios, que invita al éxodo, también pone fin al exilio. Zacarías (“El Señor es memoria”), el profeta pos-exilio, promete libertar a “los cautivos de la esperanza (...) de la cisterna donde no hay agua” (Zc 9,11s). Los cautivos de la esperanza serán arena en las entrañas del sistema basado en la exclusión, exploración y en los privilegios de pocos (cf. DAp 62).

Quién sale de su tierra, como Abrahán, o de la tierra de los otros, donde fue esclavizado, como Moisés, no sabe para donde va. En última instancia, la esperanza es confianza en Dios, es utopía, lugar inexistente, promesa absoluta. Una primera salida está en la salida, en el éxodo. La misión vive y propone ese éxodo en dirección de un mundo nuevo que acogemos en la metáfora del Reino de Dios.

La esperanza nos da las razones y la fuerza para decidir entre el presente, acomodado y sufrido, y el éxodo para un futuro imprevisible y arriesgado. Vivir en la esperanza tiene sus peligros y riesgos.

La ruptura sistémica no depende de la Iglesia, mas es factible con ella. Sus gestos significativos – señales de justicia y imágenes de esperanza – atraviesan a todos sus sectores (formación, teología, catequesis, ministerios, liturgias, pastorales), y articulaciones con sectores que ultrapasan el ámbito eclesial.

La Iglesia, a través de sus agentes, está presente en los diversos movimientos sociales que acreditan en la posibilidad de un otro mundo. Su misión es “despertar esperanza en medio de las situaciones más difíciles, porque, si no hay esperanza para los pobres, no tendrá para nadie” (DAp 395).

Precisamos, nuevamente, bajar al suelo del pueblo pobre y herido, para formar liderazgos en su medio y en sus luchas, donde “el propio Cristo se hace peregrino y camina resucitado” (DAp 259).

El resucitado es el crucificado. La cruz no pertenece a la prehistoria de las luchas por la liberación. Pertenece a su historia permanente. Y en esa historia definimos etapas, prioridades y metas de un “otro mundo posible”.

Alimentar la esperanza de los pobres exige presencia, visión e intervención de discípulos-misioneros como actores sociales. El apóstol nos exhorta a “estar siempre listos, a dar la razón de nuestra esperanza, (...) con mansedumbre y respeto” (cf. Pd 3,15s).

Todavía, no somos nosotros los que producimos lo nuevo, mas éste no será jugado a nuestros pies sin nuestra participación. Tampoco podemos pronosticar el mundo nuevo que esperamos. Asumimos con los pobres, que son mensajeros de la esperanza, la pobreza de nuestro saber con respecto de la forma concreta del futuro esperado. En todo caso, sabemos que las transformaciones, que inspiran la esperanza, comienzan

con la participación de los pobres-otros en la construcción de dicho mundo y de la Iglesia,

con la redistribución de los haberes acumulados por pocos,

con el reconocimiento del diferente y

con la gratuidad vivida por la comunidad misionera.

Reconocer a Dios como sujeto y autor de la historia y de la misión, alivia el peso de la misionariedad, sin eximir de la Iglesia de América Latina y del Caribe tiene delante tres alternativas:

Amedrentada, enterrar los muchos talentos que ha recibido (Mt 25,14ss);

insertarse en el sistema capitalista y proponer pequeñas memorias;

o, entonces, intervenir con señales de justicia en el mundo injusto y lanzar las semillas del Reino.

La Iglesia de Aparecida asumió esa intervención y ruptura como servicio a los pobres. Prometió no ser solo abogada de los pobres, sino su casa.

Como "casa de los pobres", la Iglesia será casa de esperanza!